

Los desenterradores de la verdad

Acerca de Celesia, F. (2019). *La muerte es el olvido*. Buenos Aires: Paidós.

La historia del Equipo de Antropología Forense que les devolvió la identidad a miles de víctimas. Del Che Guevara a Santiago Maldonado. De los desaparecidos durante la Dictadura a los soldados de Malvinas.

Un tejano, con botas de punta, sombrero de ala ancha, bigotes, de 56 años, llegó al aeropuerto de Ezeiza el 8 de junio de 1984. Era Clyde Collins Snow y tenía en su haber un título de grado en Biología, un máster en Zoología y un doctorado en Antropología Forense.

A instancias de la Asociación Americana para el Avance de las Ciencias, una organización dependiente de la OEA con la que Abuelas de Plaza de Mayo se había contactado, y a partir de las investigaciones realizadas por la Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas (CONADEP), el norteamericano llegó a la Argentina con la misión de exhumar e identificar a las personas que habían sido inhumadas en cementerios como NN. Pero para la tarea, nada simple, necesitaba ayuda. Así, se transformó en el encargado de reclutar, formar y acompañar para su misión a un grupo de mujeres y varones, estudiantes de Antropología y Arqueología, que con el tiempo pasó a ser el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF).

Felipe Celesia, periodista y escritor, con *La muerte es el olvido*, nos sumerge desde la primera página en una crónica sin respiro. No solo le interesa narrar las actividades que desarrollaron los antropólogos y arqueólogos a lo largo de las innumerables exhumaciones e identificaciones, sino que se detiene en la historia humana de cada una y cada uno de quienes pasaron a integrar el equipo, e intenta con éxito que el texto sea accesible para un público lego en lo que respecta a lo científico.

Después de la larga noche en que Argentina estuvo sumida por la más cruel de las dictaduras, desde 1976 a 1983, surgieron dos preguntas: ¿Qué hicieron con los desaparecidos? Y ¿dónde están los bebés secuestrados? Tal como lo plantea Celesia, son dos preguntas de formulación sencilla y respuesta compleja.

Dentro del colectivo de organismos de derechos humanos, eran las Abuelas de Plaza de Mayo las que tenían la compleja tarea de buscar a dos generaciones.

Estas mujeres venían trabajando desde 1977 con dificultades enormes. En tiempos del pre ADN, la herramienta con la que contaban era la persistencia, con sus búsquedas en casas cuna, hospitales, maternidades y cualquier lugar que pudiera darles una pista. La tarea de estas mujeres era gigantesca, “ya que el problema eran los bebés nacidos en cautiverio y cuya identidad había sido robada con la validación de la Justicia y los organismos burocráticos” (2019, p. 17), narra el autor.

Recién a partir del avance de la genética con la fórmula del ADN mitocondrial, las Abuelas probarían la identidad de todos los nietos recuperados. Y el primer caso en que se aplicó el índice fue en 1984.

Un paso fundamental ya había sido dado, ahora se necesitaba determinar dónde estaban y qué habían hecho con los desaparecidos. Y esa fue la enorme tarea que tendría por delante el que, con los años, pasaría a ser el EAAF.

Volver de la desaparición a la muerte

Con la guía y las enseñanzas del tejano Snow, sus primeros trabajos se realizaron en un país que, si bien ya había dejado atrás la más sangrienta dictadura, vivía con la convicción de que faltaba mucho tiempo para que la sombra del poder militar desapareciera por completo. No faltaron amenazas y robos de computadoras en diferentes momentos de su trabajo; además, en algunas oportunidades los certificados de los NN estaban firmados por médicos legistas que estaban presentes en el momento de los trabajos que realizaban los expertos y no habían señalado que las muertes eran violentas ni su intervención cuando revisaban los documentos.

El autor narra, en dieciséis capítulos, desde los comienzos hasta las últimas inhumaciones e identificaciones del equipo, y lo realiza de una manera en la que semeja estar al lado de los antropólogos en cada éxito y también en cada fracaso. Detalla el trabajo de paciencia de estos orfebres de la memoria, que trabajan apartando la tierra de los restos con cepillos, pinceles o pequeñas cucharas triangulares, hasta que los huesos quedan totalmente expuestos. Allí comienza el trabajo más delicado, levantar esos restos con el cuidado más extremo para que se extraigan de las fosas lo más enteros posible.

Hasta la llegada de Snow, acompañado con el grupo al que formó con nuevas técnicas, se habían realizado exhumaciones con total impericia (las del Cementerio San Vicente de Córdoba fue una de ellas, en marzo de 1984), en las que se usaron retroexcavadoras y palas para levantar los cuerpos, lo que trajo como resultado que de

trescientos cuerpos se identificaran solamente tres. Celesia relata que los esqueletos restantes terminaron olvidados por décadas en un centenar de bolsas de consorcio depositadas en la Asesoría Pericial de La Plata.

Éxitos y fracasos

El cronista, además de internarse en las anécdotas de vida de este grupo de desenterradores de la verdad, describe con minuciosidad el trabajo conjunto que realizaron al lado de los familiares de los desaparecidos. Los detalles de las historias de cada víctima, sus amistades, sus intereses son de suma importancia para la búsqueda e identificación. Asimismo los datos *ante mortem* posibles que posean, como fichas odontológicas, radiografías, historias clínicas y cualquier característica física que pudieran compararse con los restos que se hallaran. A veces, estos datos podían llegar a ser tanto o más importantes que los expedientes de la Justicia.

Hubo algunos familiares que, en los primeros tiempos, fueron remisos a las exhumaciones y que no querían que se llevaran a cabo, incluso, en una de las tareas que los expertos tenían dispuestas, un grupo logró impedir que se realizara el trabajo. En otros casos, era la resistencia a considerar muerto a un ser querido. Pero la mayoría estuvo de acuerdo, puesto que la certeza posee un poder tranquilizador y, por más doloroso que sea, con la evidencia de la muerte se logra comenzar el duelo.

A pesar de estas pocas resistencias, el tejano Snow y sus discípulos lograron seguir adelante con la misión que le había sido encomendada a instancias de Abuelas de Plaza de Mayo.

El periodista describe con la pericia de un sabueso la exhumación fallida del Cementerio de Boulogne Sur Mer, localidad de Buenos Aires, que finalizó con la comunicación de Snow a la madre de la víctima que buscaban identificar de que no era su hija. El llanto de esa madre era también un dolor para el equipo que estaba formando el norteamericano. No permanecían indiferentes ante una tarea muchas veces aciaga.

Un día, ante la apertura de una fosa, uno de los jóvenes del equipo se alejó sollozando, Snow se acercó a él y le dijo: "Somos científicos de día y lloramos de noche". Con estas palabras, que pasarían a ser un lema para el equipo, el joven se recompuso y continuó con la tarea.

Esta exhumación fallida de Boulogne tuvo muchas recompensas posteriores para el equipo, no solamente en el país, sino en los cincuenta y cinco lugares a los que fueron

destinados para traer de la desaparición a la muerte a tantos seres humanos, al poder identificarlos y que dejaran de ser NN.

En los juicios por delitos de *lesa humanidad* la tarea del equipo fue clave, ya que se aportaba la evidencia científica a la profusa prueba testimonial, como lo hizo el perito forense Snow cuando declaró en el juicio a las juntas en 1985.

De Argentina al mundo

A casi tres años de aquella primera experiencia en Boulogne, el 12 de mayo de 1987 nacía, oficialmente y ante la ley, el Equipo Argentino de Antropología Forense, una asociación civil, independiente y sin fines de lucro.

Ninguno de ellos podía imaginar en ese momento que, con el tiempo, serían requeridos desde los más remotos países del mundo por ser expertos en devolver el nombre a los cuerpos que las dictaduras intentaron borrar para siempre.

Después de innumerables trabajos realizados durante años en Argentina, en 2016 una organización de derechos humanos de El Salvador solicitó al EAAF la participación en lo que se conocía como la masacre de El Mozote, un pueblo arrasado por fuerzas especiales del Ejército salvadoreño.

Después de leer la declaración de una mujer que había sido la única sobreviviente de la matanza, que había perdido a toda su familia y que era la única testigo, decidieron viajar. Primero lo hicieron dos de las mujeres del equipo, para evitar los trámites de visa porque eran las únicas con pasaporte europeo, pero luego se sumaron más integrantes del grupo, ya que era una tarea de exhumación enorme y costosa, en la que el horror se acrecentaba con los detalles que iban descubriendo.

Celesia, como en cada capítulo, detalla cada momento de este trabajo estremecedor, donde la exhumación de niños era un golpe en el estómago para cada integrante del EAAF.

El Mozote fue un mojón para el equipo y desenmascaró la contribución de Estados Unidos con el gobierno salvadoreño, además de aportar base científica al testimonio de la única testigo de la masacre.

Luego de esta participación, el equipo fue llamado a realizar exhumaciones en Bolivia, Chile, Brasil, Colombia, Venezuela, Guatemala, Panamá. Como en toda América Latina, en los años 70 se había aplicado la desaparición forzada y, como lo explica

Celesia, se realizó con características variables pero con el ocultamiento del cuerpo como eje.

El EAAF cruzó los mares y llevó sus conocimientos científicos a Irak, Croacia, Bosnia, Angola, Timor Oriental, Polinesia francesa, Sierra Leona, Sudán, entre los cincuenta y cinco países en los que demostró ser el equipo internacional más importante. Y fue el hallazgo y la identificación de los restos de Ernesto “Che” Guevara en Vallegrande, Bolivia, el 28 de junio de 1997, lo que catapultó el nombre de este grupo de antropólogos al mundo entero. Celesia dedica un capítulo a este hecho que significó un antes y un después para el equipo y también dedica un capítulo a los adelantos en genética que tanto ayudaron al EAAF para la identificación de desaparecidos.

La muerte es el olvido es un inmenso recorrido que incluye la identificación de Luciano Arruga, un adolescente humilde, del conurbano bonaerense, en cuya desaparición y muerte está implicada la Policía Bonaerense.

El EAAF, organismo muy respetado y requerido por los familiares de desaparecidos, tiene una sede en México desde hace 16 años. El texto de Celesia se interna en los trabajos que realiza el equipo en Ciudad Juárez. Las mujeres seguían siendo asesinadas mientras el equipo trabajaba para identificarlas; esto significó un cambio en las inhumaciones e identificaciones respecto de otros países, adonde el equipo llegaba una vez superado el conflicto que había originado la tragedia. En México, los feminicidios siguen siendo de una triste actualidad.

Y, en aquel país violento, no podían dejar de intervenir en la desaparición de los cuarenta y tres estudiantes humildes de Ayotzinapa. Después de dieciocho meses de trabajo, el EAAF presentó un informe que dio por tierra la “verdad histórica” del presidente Peña Nieto de que los normalistas habían sido incinerados y arrojados al río San Juan. El EAAF sostuvo su informe de trescientas cincuenta páginas sobre base científica.

Además, Celesia dedica un capítulo al caso de Santiago Maldonado, y el último a las identificaciones de soldados inhumados en Malvinas, en el que relata que hasta mayo de 2019, se habían identificado ciento doce caídos en las islas.

El libro de Felipe Celesia hace honor a estos antropólogos que van por el mundo en auxilio de la justicia y la verdad.

Bibliografía

Celesia, F. (2019). *La muerte es el olvido*. Buenos Aires: Editorial Paidós

Fecha de recepción: 7/10/2019

Fecha de aceptación: 6/11/2019

Licencia  Atribución – No Comercial – Compartir Igual (by-nc-sa): No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original. Esta licencia no es una licencia libre.